

La deuda externa acrecienta la deuda ecológica

LOS RIESGOS DE UN SIMPLISMO UNIDIMENSIONAL

Alberto Acosta*

La deuda externa y la destrucción ambiental se presentan, en apariencia, como dos desequilibrios sin ninguna interrelación. Parecería que su única vinculación hubiera surgido cuando se dio paso a la conversión de fracciones de deuda para constituir fondos especializados en el financiamiento de algunos proyectos ambientales, y también cuando se establecieron condiciones de tipo ecológico para la concesión de créditos, en particular por parte de algunos organismos internacionales.

Aunque a primera vista no parece fácil establecer una interrelación entre la deuda externa y el deterioro ecológico, se puede constatar que las dificultades y contradicciones ambientales aumentan por las presiones derivadas de «la crisis de la deuda eterna». Y si bien ésta es apenas una de las manifestaciones de una crisis de mayor envergadura en la cual está en juego el proceso de reordenamiento del poder mundial y quizás el establecimiento de una nueva división internacional del trabajo, la deuda externa ha sido, en definitiva, el detonante de una situación de crecientes dificultades socioeconómicas y también ambientales.

En este punto, es preciso señalar que han influido sobre la sociedad y, obviamente, sobre la naturaleza aquellas políticas con las que se busca equilibrar la macroeconomía como punto de partida para impulsar el crecimiento, al tiempo que se forjan esquemas de ajuste estructural que apuntan hacia una apertura y liberalización a ultranza. Políticas condicionadas —en gran medida— a través de las renegociaciones de la deuda, destinadas a conseguir la mayor cantidad de recursos posibles para servir a los compromisos foráneos.

Estas políticas han pretendido negar la complejidad y diversidad del desarrollo, suplantándolas con el simplismo unidimensional, supuestamente apolítico y técnico, del manejo macroeconómico. Y que impulsan, desde su visión corto plazo, una serie de transformaciones estructurales y de largo aliento, aparentemente inevitables, para preparar la participación de los países subdesarrollados en la «globalización». Ésta se muestra como un proceso intenso, pero parcial, heterogéneo, desequilibrado: la «globalización» no es global.

En estas condiciones, los países de la región han realizado enormes transferencias de recursos financieros y económicos hacia el Norte, sea por la vía del creciente servicio neto de la deuda externa, de la transferencia de utilidades y la repatriación de capitales de las inversiones extranjeras directas, del casi crónico deterioro de los términos de intercambio o de la masiva fuga de capitales. Y todo en medio de un inusitado esfuerzo para incrementar las exportaciones, sin preocuparse por la destrucción ecológica que éstas pueden provocar; una situación aún más preocupante si se considera el marginamiento relativo de las ventas externas latinoamericanas en el contexto internacional, afectadas también por el neoproteccionismo de los países industrializados.

Así, al cabo de una década de repetitivos y acumulativos ajustes, la mayoría de los países de América Latina, aún cuando

* *Alerta Verde, Acción Ecológica (Quito), n.º 45. 1 de julio de 1997.*

puedan presentar ciertos «logros» macroeconómicos, hacen frente a mayores dificultades estructurales de índole social, ambiental y hasta económica.

A MÁS EXPORTACIONES, MENOS NATURALEZA

Cabe destacar que los esfuerzos por aumentar las exportaciones han tenido impactos negativos sobre la naturaleza, por la introducción —en la mayoría de los casos— de procesos productivos cada vez más agresivos, que se miden casi exclusivamente por sus resultados exportables, sin considerar sus efectos ambientales o sociales.

Es más, la instrumentación atropellada de proyectos orientados a forzar las ventas externas, ha degradado el entorno natural y ha favorecido a grupos minoritarios vinculados a los intereses transnacionales, al tiempo que han perjudicado a sectores pobres deteriorando significativamente su calidad de vida. Estos grupos más acomodados han introducido un estilo de vida consumista y derrochador, que agudiza la degradación ecológica mucho más que la que podrían provocar los segmentos pobres de la población.

Vistas así las cosas, a las transferencias monetariamente cuantificables habría que añadir las transferencias ecológicas, de difícil (si no imposible) cuantificación.

Aquí surge con fuerza la deuda ecológica.

Aquella deuda que se originó con la explotación colonial —la tala masiva de los bosques naturales, por ejemplo— que se ha proyectado tanto en el «intercambio ecológicamente desigual», como en la «ocupación del espacio ambiental» por parte del estilo de desarrollo de los países ricos.

Entonces habría que incorporar las presiones provocadas sobre el medio ambiente a través de las exportaciones de recursos naturales —normalmente mal pagadas y que tampoco asumen la pérdida de la biodiversidad, para mencionar otro ejemplo— provenientes de los países subdesarrollados, exacerbadas últimamente por los crecientes requerimientos que se derivan del servicio de la deuda externa y de una propuesta aperturista a ultranza. Y esa misma deuda ecológica crece, desde otra vertiente interrelacionada con la anterior, en la medida que los países más ricos han superado largamente sus

equilibrios ambientales nacionales, al transferir directa o indirectamente contaminación (residuos o emisiones) a otras regiones sin asumir pago alguno.

En este punto cobra fuerza el estudio del suministro de energía y materiales, así como la necesidad de un análisis intergeneracional, que tampoco descuide la existencia de otras especies no humanas. Todo esto enmarcado en un contexto donde se precisa asumir la creciente internacionalización de las externalidades, como otro de los factores de la «globalización».

Adicionalmente, desde la lógica fiscal de los programas de ajuste estructural y de las políticas de estabilización, se han reducido sustantivamente las inversiones sociales, cerrando también la puerta al financiamiento de aquellos proyectos de protección y aún de restauración ecológica que serían indispensables para intentar reducir la sobreexplotación de la oferta ambiental. Estos programas, que también estimulan al máximo las exportaciones, han devenido en promotores y aceleradores de los monocultivos, del uso incontrolado de agrotóxicos, de la deforestación masiva, de la mayor e indiscriminada presión sobre los recursos naturales... En definitiva, esta estrategia neoliberal, promovida por el «Consenso de Washington» y orquestada por el Banco Mundial y el FMI, ha favorecido el deterioro ecológico, ha exacerbado las limitaciones y contradicciones sociales, al tiempo que el problema de la deuda externa pesa todavía grandemente sobre las economías latinoamericanas. Y a la postre, esta misma afectación ecológica mina las capacidades productivas, tal como sucede con la acuicultura, lo cual terminaría por reducir aún más la capacidad de servir la deuda externa.

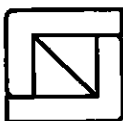
LOS RIESGOS DE UN AVANCE HACIA EL PASADO

El tema no se agota en el impacto que la deuda externa y sus políticas de ajuste y estabilización tengan sobre la ecología de los países pobres. Preocupa la consolidación de un régimen social de acumulación aún más represivo y excluyente que el anterior, sustentado en una forma sumisa de reinserción de las economías pobres en la división internacional del trabajo,

que reafirma su papel como productoras y exportadoras de materias primas. Esquema que forja su «reprimarización» y desindustrialización como dos facetas básicas de la nueva modalidad de acumulación. Una suerte de avance hacia el pasado, con sistemas conocidos por sus impactos negativos sobre la ecología, sea por tratarse de monocultivos, por la explotación creciente y casi incontrolada de recursos minerales y forestales, o, por la reciente especialización de los países

pobres como depósitos de basuras y desechos tóxicos.

Vistas así las cosas, los esquemas de desarrollo aplicados en esta parte de América, inspirados en realidades ajenas a nuestras sociedades, no han previsto un manejo racional de los recursos naturales y tampoco parten de un enfoque adecuado para armonizar las relaciones sociales. Y mucho menos garantizan la reproducción de la sociedad y la naturaleza, en una interrelación armónica.



NUEVA SOCIEDAD

JULIO-AGOSTO 1997

Nº 150

Director: Heidlúf Schmidt
Jefe de Redacción: S. Chejfec

25 AÑOS - NUMERO ANIVERSARIO

LUGARES-TENDENCIAS-HECHOS

Ricardo Cicerchia, De cronos, política y buen sentido. (1972-1996: un modelo para armar.). Bejamín Arditi, La mutación de la política. Un mapa del escenario post-liberal de la política. Edgardo Lander, Las ciencias sociales en el mulladero. América Latina en tiempos posmodernos. Beatriz Sarlo, ¿La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía. Erna von der Walde, De García Márquez y otros demonios en Colombia. Diamela Eltit, Las dos caras de La Moneda. Sergio Zermeno, Regeneración o desorden. El fin de un ciclo estatal mexicano. Mary Allegretti, Ambientalismo político y reforma agraria. De Chico Mendes al Movimiento de los Sin Tierra. Luis Antezana, Bolivia. La nueva casa en el ático. José Rilla, Uruguay 1980. Transición y democracia plebiscitaria. Edelberto Torres-Rivas, Centroamérica, revoluciones sin cambio revolucionario. Julio Cotler, El Sendero Luminoso de la destrucción. Andrés Guerrero, Poblaciones indígenas, ciudadanía y representación. Luis Salamanca, La democracia venezolana desde 1989. Roberto Turcios, El Salvador. Una transición histórica y fundacional.

CRONOLOGÍA LATINOAMERICANA 1972-1996.

DOSSIER - DIBUJO POLÍTICO EN NUEVA SOCIEDAD

SUSCRIPCIONES

(Incluido flete aéreo)
América Latina
Resto del mundo

ANUAL
(6 núms.)
US\$ 50
US\$ 80

BIENAL
(12 núms.)
US\$ 85
US\$ 145

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61.712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs.: 267.31.89 / 265.99.75 / 265.53.21 / 266.16.48 265.18.49, Fax: 267.33.97; Correo E.: <nuso@nuevasoc.org.ve> <megonzal@nuevasoc.org.ve>

Página digital: www.nuevasoc.org.ve